

TOM ISBELL

EL
QUINTO
CÓDICE
MAYA

El Quinto Códice maya

Tom Isbell

Traducción de Victoria Horrillo

Rocaeditorial

Título original: *The Fifth Codex*
© Tom Isbell, 2009

Primera edición: noviembre de 2010

© de la traducción: Victoria Horrillo

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.^a
08003 Barcelona.
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-141-7
Depósito legal: M. 42.780-2010

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Por mí fluyen sin cesar todas las cosas del universo.
Todo se ha escrito para mí,
y yo tengo que descifrar el significado oculto de las es-
crituras.

WALT WHITMAN,
Canto a mí mismo

Y hallámosles gran número de libros de estas sus letras,
y porque no tenían cosa en que no hubiese superstición
y falsedades del demonio, se los quemamos todos, lo cual
sintieron a maravilla y les dio mucha pena.

OBISPO DIEGO DE LANDA, 1566

Prólogo

Los jeroglíficos le bailaban delante de los ojos. A la luz trémula de la vela apoyó la mano en la piedra tibia y pasó los dedos por sus muescas y acanaladuras, por los cortes y surcos de los símbolos grabados a cincel en la roca. Ocho siglos había pasado el monolito enterrado bajo la selva asfixiante y nada había desdibujado sus figuras.

Javier Benítez sacó una libretita y un cabo de lápiz. La noche vibraba con un millón de sonidos mientras garabateaba deprisa, traduciendo del maya al español. Dio un paso atrás, con la libreta y el lápiz en una mano y la vela en la otra, sin darse cuenta de que la cera caliente le goteaba en los dedos. La pieza perdida del rompecabezas, precisamente delante de sus ojos. Bañada por la luz cálida de la vela y por el frío resplandor de la luna. Lo que todos buscaban. Años, décadas, en pos de aquella única pista.

—Carreteras blancas —murmuró.

Un hombre gigantesco como un bloque de piedra salió de pronto de entre la maleza y se detuvo justo antes de penetrar en el círculo de luz. Javier se volvió bruscamente. Sostenía la vela chisporroteante delante de sí como si fuera un arma o una cruz capaz de ahuyentar a los vampiros.

El hombre no dijo nada; se quedó entre las sombras, con la cara escondida en la oscuridad. Una mariposa nocturna se precipitó sobre la vela de Javier y crepitó al chocar con la llama. El hombre oculto entre las sombras se rio y otras voces le hicieron eco. Javier se dio la vuelta. No veía a nadie. Pero las oía claramente. Risas que rezumaban de la espesura. De la oscuridad.

—El papel —dijo el desconocido, tendiendo la mano con la palma hacia arriba.

Javier apretó la libreta contra su pecho.

—¿Quién es usted? —preguntó, intentando controlar el temblor de su voz. Una mano pesada y húmeda cayó sobre su hombro. No era una palmada amistosa, un gesto reconfortante de aliento, sino más bien una advertencia. Una amenaza.

Javier no vaciló. Se desasíó, tiró la vela y echó a correr, arrojándose en los agobiantes brazos del bosque. La oscuridad le envolvió. Las hojas le abofetearon, arañaron su piel; las enredaderas le agarraron los tobillos. Usando los antebrazos como machetes, abrió entre la densa maleza un sendero improvisado, una vereda que volvía a cerrarse tras él. Vista y no vista. La selva era succión. Una fétida y húmeda aspiradora.

10 Las voces le seguían. Órdenes de un hombre a otro que se perdían en la noche estrellada. Los pájaros chillaban, se oía el batir de sus alas al pasar junto a su cabeza. Le ardía el pecho y sintió que le flaqueaban las piernas. El aire húmedo y espeso de la jungla le aplastaba como un puño. La humedad era tan densa que al correr parecía que llovía. El sudor brillaba en sus brazos. Avanzó por los márgenes de la selva como quien abre una cortina, sin detenerse hasta que llegó al borde del mar. Con los pies hundidos en la arena y las manos apoyadas en las rodillas empezó a jadear laboriosamente para llenar sus pulmones ávidos de aire. Las olas batían. El viento silbaba entre las palmas. Ruido blanco. Arena blanca. Fragor de blanco oleaje. Carreteras blancas.

Llevaba en la mano la libreta con su traducción apresurada. Arrancó las hojas del cuadernillo de espiral, desatando una nevada de confeti. Se adentró en el oleaje. El agua le lamió los tobillos, las corvas, las rodillas. Echó el brazo hacia atrás como un jugador de béisbol que se dispusiera a lanzar desde el campo derecho a la base meta y arrojó la bola de papel. El agua espumosa se la tragó. Volvió tambaleándose a la orilla y se derrumbó en la playa, satisfecho. Su pecho subía y bajaba al aspirar el aire cálido y húmedo.

No oyó pasos tras él. Unas manos de dedos hediondos le taparon la boca, sofocaron su grito. Otras le sujetaron los brazos a la espalda. Una aguja hipodérmica hendió el aire y se clavó en su muslo, traspasando la tela vaquera. A los pocos

segundos sintió las piernas gomosas y un hormigueo en los pies. Poco después no sentía nada de cintura para abajo. Se desasíó de los brazos de sus asaltantes e intentó alejarse a ras-tras, arañando la tierra, agarrándose a las raíces, a la arena, al polvo, impulsándose con las manos y los brazos.

Una sombra en forma de bloque se adelantó. Cuando el dueño de aquella sombra se inclinó hacia él, Javier comprendió que nunca había visto una cara igual. Era deforme y escamosa, y le faltaba medio labio. Javier pensó en un reptil prehistórico recién salido a tierra firme. El hombre sonrió, dejando al descubierta sus dientes amarillos y podridos. Sacó de detrás de la espalda un reluciente cuchillo de treinta centímetros en cuya hoja plateada se reflejaba la luna.

—¿Qué ha escrito en la libreta? —preguntó con voz tan escabrosa como su piel.

Javier guardó silencio. Uno de los hombres le registró y dio con la libreta negra. Los restos rasgados del papel marcaban el lugar que habían ocupado las páginas. El hombre con cara de reptil frunció el ceño.

—Entonces quizá nos diga dónde está —dijo.

Javier volvió la cabeza, fijó los ojos en las estrellas titilantes. No vio el cuchillo que tajó el aire. No lo vio penetrar abriendo un agujero en su pecho. El hombre metió la mano en la herida y hurgó entre sus vísceras resbaladizas hasta que encontró lo que andaba buscando: el corazón todavía palpitante. Asiéndolo como un pez, sacó de un tirón el órgano caliente y pegajoso y lo sostuvo en alto como si se lo ofreciera a los dioses. La sangre chorreaba por sus manos, por sus muñecas, por sus brazos. Bajó despacio el corazón y lo colocó con esmero sobre el pecho de Javier, como si fuera un manjar sobre una bandeja, un plato soberbiamente presentado.

El hombre de cara escamosa sonrió, dejando escapar un hilo de saliva pútrida. Sacó de su bolsillo un trozo de cordel y ató con él dos palos hasta formar una cruz pequeña y tosca. La clavó luego en la tierra, junto al cuerpo de Javier Benítez: el cuerpo con su boquete abierto en el pecho y el corazón colocado con reverencia sobre él.

La Cruz Parlante había hablado.

Capítulo 1

12 Scott Daggart se había sentado a una mesa de la terraza, con una sudorosa botella de Corona como única compañía. La brisa húmeda que soplaba desde el océano le revolvía el pelo y tiro-neaba de su camisa. El sol se había puesto hacía mucho tiempo, pero una fina pátina de sudor brillaba en los antebrazos mus-culosos de Daggart. Había pasado doce horas escarbando entre las ruinas, quitando capas y capas de tierra y lianas para dejar al descubierto los edificios de caliza desmoronada y sus secretos largo tiempo enterrados, y todavía no se había refrescado.

El restaurante era el Captain Bob, un chiringuito de dos plantas con grandes ventiladores en el techo, muebles de ratán y el consabido tejado de hojas de palma. Sus mesas cabeceaban sobre el suelo de madera sin fregar, pegajoso todavía por las piñas coladas vertidas la noche anterior. Un plácido tufo a cigarrillos rancios y cerveza amarga pendía en el aire como ozono. Olvidada en un rincón se veía la talla de madera cubierta de polvo de un típico capitán de navío, provisto de impermeable amarillo, barba entrecana y una trailla de peces. El capitán no parecía muy contento, seguramente porque aquel pescador de Nueva Inglaterra tenía muy poco que ver con México.

El Captain Bob era uno de los restaurantes más conocidos de Playa del Carmen. No le venía mal estar enclavado en la avenida Cinco, la arteria peatonal siempre abarrotada de turis-tas. Situado cerca de la calle Constitución, donde los autobuses de los hoteles vomitaban su cargamento de turistas dispuestos a pasar la noche bebiendo a lo grande, comprando y volviendo a beber, el Captain Bob disfrutaba de un flujo constante de clientes, atraídos por el sonido estruendoso y vibrante de sus popu-

rr
ll
m
br
m

si.
se

qu

Ti

a
de
sa
cc

ta
ju

cu
de
ar
Ti

ui

rrís musicales, por el aroma irresistible a gambas asadas al ajillo y (sobre todo, quizá) por la visión de sus camareras mexicanas vestidas con camisetas minúsculas. En otras palabras, la versión idealizada de lo que debía ser un restaurante mexicano para un turista estadounidense.

En opinión de Scott Daggart, era un garito de ligue demasiado obvio para su gusto. Claro que él no había sugerido que se vieran allí. Había sido idea de Lyman Tingley.

Idea, no exactamente: el profesor Tingley había insistido en que fuera en el Captain Bob.

—Seguramente te sorprende oír mi voz —le había dicho Tingley por teléfono una hora antes.

—Más o menos.

—Necesito ayuda.

—Ya —contestó Daggart con sarcasmo. Acababa de volver a su *cabaña** y estaba preparándose la cena. Enchiladas y salsa de mole recién hecha. Chiles rojos picantes asados y gambas salteadas. Lo último que esperaba era la llamada de un mentor con el que se había enemistado hacía tiempo.

—Lo digo en serio, Scott. Tenemos que vernos.

—¿No puede esperar? Porque estoy haciendo algo importante. —Dio un trago a su Corona y cortó un chile verde en juliana.

—No, Scott, no puede esperar.

Había algo en la voz de Tingley que le impulsó a dejar el cuchillo y a apartar los chiles a un lado. No estaba acostumbrado a oír una nota de desesperación en la voz del «más grande arqueólogo del siglo XXI», como decía de sí mismo el propio Tingley.

—¿Qué pasa, Lyman?

—Tenemos que vernos.

—Eso ya lo has dicho.

—¿Qué tal en el Captain Bob? —Una afirmación, más que una pregunta—. A las nueve. ¿Podrás llegar?

—No pensaba ir a la playa esta noche...

Tingley le interrumpió.

* En español en el original. (*N. de la T.*)

—En el Captain Bob, a las nueve en punto.

—¿De qué va todo esto, Lyman?

Tingley colgó sin contestar.

Daggart recorrió con la mirada el restaurante lleno de jóvenes turistas. Veintitantos hombres de bíceps abultados, rojos como langostas. Veintitantas mujeres de blusa holgada y tez bronceada. A sus cuarenta y tantos años, aquello le superaba. Sus amigos le animaban a que empezara a salir otra vez, pero no se sentía preparado.

Aún no. Era demasiado pronto.

Lo cual era irónico, desde luego. Daggart sabía que Susan habría sido la primera en desear su felicidad. El problema era que, casi un año y medio después de su muerte, seguía aferrado a ella. A duras penas salía adelante. Y así sería, al menos, hasta que los recuerdos se difuminaran.

El charco de sangre. El cabello rubio. El suelo de madera.

Dio un largo trago a su Corona y procuró pensar en otra cosa.

14 Miró su reloj. Eran las nueve y cuarto. Le extrañaba que Lyman Tingley llegara tarde. Habían trabajado juntos durante años (ahora, a Daggart le parecía que de eso hacía siglos), y siempre era Tingley quien le reprochaba su poca puntualidad.

Pero eso era cuando todavía se hablaban, claro está.

Cuando aún eran amigos.

Al ver a Daggart, Lyman Tingley subió las escaleras resoplando, luchando por recuperar el aliento.

—Perdona —dijo con un ruido sibilante, y echó un rápido vistazo alrededor mientras reposaba sus ciento treinta kilos en una silla, enfrente de Daggart. Scott Daggart sabía que Lyman Tingley se las daba de Indiana Jones, aunque pareciera más bien Sydney Greenstreet.*

—No te preocupes. He estado ocupado. —Daggart señaló la cerveza que tenía delante.

Lyman Tingley hizo caso omiso de su comentario y Daggart le observó un momento. Era un hombre grande, de faccio-

* Actor británico conocido principalmente por su interpretación del Signor Ferrari, «el gordo» de Casablanca. (*N. de la T.*)

nes blandas y anodinas. Hosco y lleno de aplomo en apariencia, como el notario de una novela de Dickens, en el fondo era una maraña de inseguridades. Iba peinado con cortinilla, al estilo de Donald Trump, y unas gotitas de sudor brillaban en el fino plumón de su flequillo. El sol había pintado sus brazos de franjas carmesíes que acababan en el borde de la manga corta de su camisa. El suyo era un moreno de campesino (y de arqueólogo), y cuando Tingley lanzó una mirada nerviosa a los demás clientes del restaurante, Daggart vio que tenía también una franja rosada en la nuca. Tingley se volvió y comenzó a manosear sus cubiertos, pasando los dedos rechonchos por las suaves puntas de acero del tenedor. Desde la perspectiva de Scott Daggart, había algo en Tingley que rayaba lo patético.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó Daggart.

Tingley sopesó la pregunta. Justo cuando se disponía a hablar, se acercó una camarera medio desnuda.

—*Buenas tardes* —dijo con voz un poco demasiado alegre y canalillo vertiginoso—. ¿Algo para beber?

Tingley señaló la Corona de Daggart sin decir palabra. La camarera de la coleta tomó nota y se alejó al trote.

La actitud de Tingley extrañó a Daggart. El Lyman Tingley que él conocía habría aprovechado la ocasión para engatusar a la joven camarera, y aquello podría muy bien haberse convertido en un coqueteo de diez minutos, en cuyo transcurso Tingley habría intentado en vano persuadir a la muchacha mexicana para que se fuera con él a su hotel. Daggart tuvo la sensación de estar contemplando una sombra de Lyman Tingley. Un Lyman Tingley zombificado. Un autómeta.

—Vamos a cambiar de sitio —balbució Tingley sin que viera a cuento.

—¿Por qué?

—Esta mesa. No me gusta.

—¿Qué le pasa?

—Toda esa gente. —Tingley sacó la mano más allá de la barandilla de la terraza y señaló el gentío que desfilaba allá abajo, por la calle. Se levantó de un salto, se acercó a la mesa del rincón del fondo del restaurante y se sentó de espaldas a la pared. Daggart le siguió con la cerveza en la mano. Apenas se

había sentado cuando Tingley preguntó—: ¿Puedo confiar en ti? —Se pasó rápidamente la lengua por los labios gruesos y agrietados.

Daggart miró sus ojos incansables y vio en ellos nerviosismo. Incertidumbre. Miedo auténtico. Daggart había visto aquella misma mirada en hombres a punto de entrar en combate. Pero de eso hacía años. Y entonces había guerra.

—¿Qué es lo que pasa, Lyman?

—¿Qué sabes de la Cruz Parlante? —preguntó Tingley.

Su tono brusco y exigente le recordó a Daggart su relación de años antes, cuando, siendo él todavía muy joven, Lyman Tingley le acogió bajo su ala y le enseñó todos los entresijos de una excavación arqueológica.

—No mucho más que tú, seguramente —dijo Daggart.

—¿Y qué es?

—Era una secta. Surgió en torno a mediados del siglo XIX, cuando los mayas se rebelaron contra el gobierno mexicano. La guerra de Castas y todo eso. Ya no existe, si es eso lo que quieres saber.

16

—¿Por qué se rebelaron?

Daggart se quedó pensando un momento.

—Les estaban arrebatando sus tierras. Se sentían maltratados por el gobierno. Un gobierno criollo, claro está.

Tingley abrió la boca para decir algo, pero la camarera los interrumpió. Dejó una Corona sobre la mesa, delante de Tingley, que seguía callado.

—¿No les gusta la otra mesa? —preguntó. El fastidio empañaba su voz.

—*Lo siento* —masculló Daggart.

La camarera esperó a que Tingley se disculpara. Al ver que no decía nada, sacudió su coleta y se alejó deprisa.

—¿Cuál era su objetivo? —preguntó Tingley con un susurro.

—Éstas no son horas para una clase de historia, ¿no te parece? —respondió Daggart, pero estaba claro que, fuera lo que fuese lo que preocupaba a Tingley, no iba a disiparse. Daggart dio un trago rápido a su bebida—. Intimidar a la gente.

—¿Qué quieres decir?

—La cruz era una tarjeta de visita. La dejaban encima del cuerpo de sus víctimas para amedrentar a sus enemigos. Además, cuando los mayas oían «hablar» a la cruz...

—¿Una cruz que hablaba?

—Es lo que creían los mayas. Cuando oían hablar a la cruz, eso les bastaba como prueba de que los dioses les habían hecho invencibles. Había mucho poder de por medio.

—¿Y ellos lo creían? —preguntó Tingley.

—¿Tú no? Algunos decían incluso que la cruz desprendía un resplandor verde y espectral cuando hablaba. Lo cual resultaba muy persuasivo en el siglo XIX.

Tingley rodeó con sus manazas la botella sudorosa y pareció pensárselo.

—¿Por qué me has llamado, Lyman? —dijo Daggart por fin—. Todo eso podría habértelo contado otro, ¿sabes? Y seamos sinceros, tú y yo no somos precisamente uña y carne.

Tingley levantó la vista y le miró a la cara. Hasta ese momento sus ojos se habían movido tanto como sus manos, fijándose en todo y en nada a la vez. Por primera vez desde su llegada miró a Daggart fijamente.

—¿Y si te dijera que creo que la organización está vivita y coleando?

Daggart sacudió la cabeza enérgicamente.

—No es posible —dijo.

—¿Y si te dijera que tengo pruebas?

—¿Pruebas de qué tipo?

Lyman Tingley titubeó sólo un segundo antes de responder.

—Quieren matarme —dijo—. Y es sólo cuestión de tiempo.

Capítulo 2

Tingley se inclinó hacia delante, apoyando los carnosos antebrazos sobre la mesa.

—Van a matarme, Scott —susurró con vehemencia—. Me sorprende que no lo hayan hecho ya.

Daggart no sabía si enfadarse o echarse a reír. Tingley le estaba tomando el pelo, o se hacía el tonto a propósito.

—¿Quién intenta matarte?

18 Tingley se recostó bruscamente en la silla y la madera crujió bajo su peso. Despachó la pregunta de Daggart sacudiendo la mano rolliza.

—Lo siento. Ya he dicho demasiado.

—Espera un momento. Me haces venir hasta aquí y me dices que alguien va a matarte, ¿y luego no me dices de qué va todo esto? —Seguía pensando que tal vez Tingley estaba de broma. Una inocentada en abril, con cinco meses de retraso.

Pero una mirada a la cara pálida y sudorosa de Tingley bastó para convencerle de que hablaba muy en serio.

Tingley llamó a la camarera y le indicó que les llevara la cuenta. Ella se alejó brincando.

—¿Qué te hace pensar que la Cruz Parlante sigue en activo? —preguntó Daggart, intentando sonsacar a su antiguo mentor. Siempre habían formado una extraña pareja. Daggart alto, moreno, atlético; Tingley, bajo, pálido y obeso. Polos opuestos.

Tingley miró en varias direcciones al mismo tiempo.

—Lo siento. No puedo. Aquí no.

—¿Qué quieres decir con que no puedes? ¿No puedes hablar?

Tingley asintió con una inclinación de cabeza. La música cambió. Una canción de Jimmy Buffet reemplazó a otra. Ha-

blaba del edén y de las hamburguesas con queso, aunque no necesariamente en ese orden. Una camarera pasó junto a la mesa con un plato de fajitas crepitantes. Una vaharada con olor a cebolla caramelizada quedó flotando tras ella.

Daggart insistió.

—¿Quieres que vayamos a otro sitio? ¿A un restaurante con menos gente?

Tingley sacudió la cabeza, dividiendo aún su atención entre Daggart y el resto del local.

—Escúchame. Tú has investigado el Quinto Códice.

—Un poco. Menos que tú, evidentemente.

Lyman Tingley era el descubridor del antiguo manuscrito maya, su billete hacia el estrellato. Aquel descubrimiento le había valido reportajes no sólo en publicaciones académicas, sino también en todos los grandes diarios de Estados Unidos. Los entendidos lo consideraban ya uno de los más grandes hallazgos de la cultura maya.

—¿Qué pasa con el código? —insistió Daggart.

Tingley agitó las manos antes de contestar. Luego susurró:

—Eso es lo que quieren.

—¿Quiénes? ¿Quiénes lo quieren?

La camarera se acercó deslizándose y dejó la cuenta sobre la mesa de un manotazo.

—Páguenme cuando puedan. —Lanzó una sonrisa a Daggart y se inclinó para descubrir un poco más su canalillo entre los volantes de la blusa. Una última oportunidad de conseguir más propina. Los dos hombres la ignoraron y ella se marchó refunfuñando en voz baja.

—Ellos —dijo Tingley.

Daggart se volvió y miró hacia donde señalaba Tingley. Sus ojos se posaron sobre una mesa ocupada por tres hombres. Desde el punto de vista de Daggart parecían inofensivos. Eran sólo tres estadounidenses de unos veinticinco años que en ese momento compartían unas risas y una botella de tequila. Llevaban sandalias, pantalones cortos anchos, camisetas, gorras de béisbol: el uniforme del joven turista estadounidense. Señalaron a una camarera e hicieron comentarios lascivos para su mutuo regocijo.

Daggart volvió al tema del Quinto Códice.

—Pero ¿cómo van a conseguirlo? Está en Ciudad de México, encerrado bajo siete llaves. Lo están autenticando, ¿no?

Tingley no respondió a su pregunta.

—¿Los ves? —dijo.

—Claro que los veo, Lyman, pero la verdad es que no me parecen tan peligrosos.

—Sé que hemos tenido nuestras diferencias en el pasado...

—Eso es decirlo con mucha delicadeza.

—... pero si me ocurriera algo —continuó Tingley—, nuestra única esperanza es que tú lo consigas primero.

Daggart empezaba a perder la paciencia.

—¿Que consiga qué?

Tingley se levantó de repente y hurgó en sus bolsillos en busca de un fajo de billetes arrugados y un puñado de monedas. Dejó el dinero sobre la mesa. Daggart le agarró de la muñeca. Para su sorpresa, Tingley tenía la piel fresca al tacto. Casi fría.

20 —¿Qué está pasando, Lyman? No puedo ayudarte si no sé de qué me estás hablando. Y tampoco puedo conseguir lo que sea, si no sé qué es.

Tingley se desasíó de un tirón.

—El código —murmuró—. Consigue el código.

Scott Daggart no le entendió.

—Pero tú ya lo tienes. Fuiste tú quien lo encontré, ¿recuerdas? ¿O me estoy perdiendo algo?

Tingley contó el dinero distraídamente: billetes por un lado, monedas por otra.

—Ojalá pudiera contarte algo más —dijo por fin. Miró un instante a los ojos de Daggart con expresión suplicante.

Luego bajó apresuradamente la escalera que llevaba a la calle.

Scott Daggart se encontró solo de pronto. Miró a los tres hombres del rincón más alejado del restaurante. Si repararon en la súbita marcha de Lyman Tingley, no dieron muestra de ello. Otra broma les hizo prorrumpir en estruendosas risotadas de borracho.

Daggart apuró su cerveza. Estaba a punto de añadir su contribución a la cuenta cuando algo en el desordenado montoncillo de monedas que Lyman Tingley había dejado sobre la mesa

at
or
re
oc
Se
m
C
(p
cc
ar
cc
ef

atrajo su atención. Estaban casi todas ellas apiladas al azar, sin orden ni concierto, a excepción de cinco pesos separados del resto. Podían ser imaginaciones de Daggart, pero al verlos se le ocurrió de pronto que estaban colocados siguiendo algún orden. Se hallaban separados por espacios casi iguales y parecían formar un pequeño diagrama: dos monedas arriba y tres abajo. Como una cordillera montañosa con dos picos y tres valles. O (pensó Daggart cuanto más las miraba) como la letra «M».

¿Las había ordenado así Lyman Tingley con un propósito concreto? Y si así era, ¿lo había hecho para que lo viera Daggart?

Le parecía que, si tal era el caso, sabía muy poco más que antes de su encuentro con Tingley. Si aquella «M» (o aquella cordillera montañosa, o aquel diagrama, o lo que fuera) era, en efecto, una pista, a Scott Daggart no le decía nada.

Absolutamente nada.

Capítulo 3

Sus amigos le llamaban «el Cocodrilo». Él aseguraba que se había ganado el apodo por el sigilo y la paciencia con que seguía a sus presas. Podía pasarse horas y horas camuflado e inmóvil antes de atacar a sus confiadas víctimas. Como el cocodrilo que le daba nombre, era listo, silencioso, tenaz. Y cruel. Si te cogía, no te soltaba.

22 Quienes le conocían y le temían afirmaban que el sobrenombre le venía del cutis picado de viruela y repleto de cicatrices de acné. De ahí, y del hecho de que, por faltarle parte del labio superior, cada vez que sonreía, masticaba o movía la boca enseñaba una hilera de dientes retorcidos y amarillentos. Le llamaban «el Cocodrilo» porque lo parecía. Y punto.

Era, en cualquier caso, un hombre grande y fuerte cuyas facciones escamosas, sobre aquella cara prominente y cuadrada, resultaban aún más conspicuas por su forma de peinarse, con el pelo negro azabache engrasado y echado hacia atrás. Y sin embargo, a pesar de sus llamativos rasgos faciales, lograba de algún modo confundirse con su entorno mientras aguardaba entre las sombras del portal. Era un mexicano más contemplando desfilar a los turistas. Mientras fumaba un cigarrillo tras otro y las volutas de humo blanco se enroscaban en torno a los cráteres de su cara, sólo sus ojos se movían. El resto de su cuerpo estaba inmóvil.

Como un cocodrilo al acecho.

Cuando Lyman Tingley salió precipitadamente por la puerta del Captain Bob, el Cocodrilo dejó caer su cigarrillo al umbral de cemento y lo aplastó con el tacón de la bota. Vio que Tingley enfilaba la avenida Cinco hacia el sur, mirando hacia atrás con

nerviosismo. Pero el Cocodrilo no le siguió. Aún. Dividiendo su atención entre Tingley y la puerta del restaurante, tocó la Sig Sauer de nueve milímetros que llevaba en la cinturilla del pantalón, bajo la camisa sin remeter. No creía que fuera a necesitarla (esa noche, al menos), pero siempre era un alivio saber que estaba ahí.

Su paciencia se vio recompensada cuando otro sujeto salió del Captain Bob: un hombre con buena planta, de poco más de cuarenta años, cabello rojizo y complexión atlética.

El hombre se volvió y echó a andar en dirección contraria a la de Tingley.

El Cocodrilo se metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja de papel arrugada. Era un fax que había recibido esa mañana. Impresa en ella se veía la fotografía en blanco y negro de un hombre: el mismo que acababa de salir del restaurante. Según el pie de foto, se llamaba Scott Daggart. El Cocodrilo miró un momento más la fotografía; luego, la arrugó hasta formar con ella una bolita. Se sacó un mechero del bolsillo y lo encendió. Acercó entonces la llama azulada al papel arrugado, convirtiéndolo en una esfera ardiente.

Había visto al hombre con sus propios ojos; ya no necesitaba la fotografía. La fisonomía de Scott Daggart se había grabado en su mente, y el Cocodrilo jamás olvidaba una cara.

Empezó siendo un frente de bajas presiones frente a las costas de Senegal. Un simple accidente meteorológico. Algo que seguir con escaso interés.

Cuando se convirtió en una tormenta tropical, la gente del NHC, el Centro Nacional de Huracanes, le puso nombre: el *Kevin*, la undécima tormenta de la temporada de ciclones del Atlántico. Aunque el NHC comenzó a seguir cada uno de sus movimientos, había pocos motivos de alarma. A fin de cuentas, estaba aún al otro lado del océano. Había un número considerable de tormentas tropicales de las que el público jamás oía hablar. Nacían, descendían sobre el mar, daban tumbos por el Atlántico y acababan por extinguirse. Nada indicaba que el *Kevin* fuera distinto.

TOM ISBELL

Pero mientras el NHC lo desdeñaba como una tormenta de verano más, el *Kevin* comenzó a avanzar hacia el oeste recorriendo lentamente el ancho Atlántico a caballo del paralelo quince y absorbiendo sus aguas sofocantes e incansables.

2

er
m
pi
él
fa
de
de
úl
el

qu
re
ca
lla
te
ba
su
de
El
ag
qu
añ

ba

Capítulo 4

En sus sueños, ella todavía estaba viva.

Hacían la cena (ensalada, pasta, una *baguette* calentándose en el horno) y mientras Susan servía el Pinot Noir y ponía la mesa, Daggart picaba la verdura: calabacines, tomates, champiñones, pimientos, cebollas. Ella iba de un lado a otro mientras él seguía plantado ante la tabla, cortando las verduras con la facilidad que daba la práctica. Las echaba luego en una ensaladera o una sartén, donde se sofreían en aceite de oliva. De fondo sonaba alguno de sus discos favoritos: Dylan, Clapton, lo último de Norah Jones. Era una rutina que habían refinado en el curso de su matrimonio.

25

Al llegar a casa se cambiaban de ropa y se ponían unos vaqueros y una camisa de manga larga, sin remeter. Susan se recogía el pelo rubio en una coleta. Andaban por la cocina en calcetines, hablando de cómo les había ido el trabajo, atropellándose el uno al otro para contárselo todo en un alegre torrente de palabras. Se reían. Se compadecían mutuamente. Imitaban a sus compañeros de trabajo más pesados. Susan se movía suavemente de la encimera a la mesa y de ésta a aquella, y deslizaba la mano por la camisa de Daggart al pasar a su lado. El calor de sus dedos sobre los riñones de Daggart hacía que un agradable escalofrío le corriera por la espalda. No había día en que Daggart no se considerara afortunado. Después de diez años de matrimonio seguían estando locos el uno por el otro.

Y entre tanto él, de pie frente a la encimera, cortaba y picaba, troceaba y golpeaba y golpeaba y golpeaba...

Y seguía golpeando.

Daggart se despertó sobresaltado y miró el reloj. Eran las

dos y veinte. Los números rojos del despertador brillaban en la oscuridad. Los golpes seguían sonando, y Daggart comprendió con fastidio que había alguien llamando a la puerta. Apartó la fina colcha y al levantarse con un ligero tambaleo miró la cama. Estaba vacía.

Susan no estaba. Había sido otro sueño.

Maldita sea.

Los golpes seguían, más insistentes que antes.

—Un momento —gruñó. Los porrazos continuaron—. *¡Un momento!*

Se preguntaba quién iría a verle a aquella hora. Su pequeña *cabaña* no estaba precisamente en una calle concurrida. Al tomar la decisión de volver a Yucatán para pasar el verano, había alquilado la casita por su ubicación: a apenas cincuenta metros de la playa, sin ninguna casa ni hotel alguno a la vista. En términos de turismo tradicional, no tenía nada de particular: era pequeña, con el suelo de baldosas marrones desgastadas y carecía de las comodidades de los hoteles con todo incluido que salpicaban la Riviera Maya. Tenía, en cambio, una cosa que Daggart no habría cambiado por nada del mundo: aislamiento. Estaba a cuarenta minutos largos al sur de Cancún y a un cuarto de hora al norte del pueblo más cercano, y en vista de lo sucedido el año anterior, estar solo era lo que ansiaba Daggart. Lo que necesitaba.

Acordándose de su conversación de esa noche con Lyman Tingley, se acercó a la puerta con cautela. Hacía tiempo que había renunciado a las armas de fuego, pero respiró hondo y se preparó para el ataque. Le sorprendió lo rápidamente que sus músculos recuperaban la memoria. Su cuerpo se relajó y al mismo tiempo se puso tenso. La paradoja del guerrero.

Al atisbar por la mirilla vio a dos hombres cuya recia figura silueteaba la luna. Llevaban chaquetas informales y se removían, inquietos. Daggart encendió la luz de fuera. Una bombilla amarilla cobró vida, proyectando densas sombras sobre las caras de los dos desconocidos.

—¿Scott Daggart? —preguntó el de delante, dirigiéndose a la puerta. Era el más robusto de los dos y llevaba pantalones marrones, chaqueta marrón y camisa blanca con el cuello abierto.

—Sí.

El hombre se llevó la mano a la chaqueta y sacó una insignia que sostuvo delante de la mirilla. La insignia le identificaba como agente del cuerpo de policía de Quintana Roo.

—*¿Habla usted español?*

—Sí.

Si oyó la respuesta de Daggart, prefirió ignorarla.

—Soy el teniente Rosales —dijo en inglés—. Éste es mi compañero, el inspector Careche. ¿Podemos pasar?

Daggart quitó la cadena y abrió la puerta, indicándoles con un gesto que entraran. Ninguno de ellos se movió.

—Si me hace el favor —dijo el teniente Rosales.

Daggart lo entendió por fin. Querían que se apartara. De ese modo, no podría salir corriendo. Daggart encendió la luz obedientemente y retrocedió hasta el centro de la habitación. Los dos inspectores le siguieron, cerrando la puerta tras ellos.

Estaba claro que Rosales era el que llevaba la voz cantante. Rondaba los cincuenta y cinco años, calculó Daggart; tenía poco pelo y cara de no andarse con tonterías. El bigote espeso y negro le tapaba el labio superior. Su compañero era mucho más alto, y su cara enjuta y sus ojos azules e inexpresivos le recordaron a Daggart los de un tiburón: insondables y amenazadores. Las comisuras de su boca se inclinaban hacia abajo en algo parecido a una mueca de perpetua desaprobación.

Todavía en calzoncillos, Daggart recogió unos vaqueros. Al hacerlo, Careche, el que tenía cara de tiburón, se metió la mano en la chaqueta y con una velocidad que sorprendió a Daggart sacó una semiautomática y le apuntó al pecho. No era la primera vez que le apuntaban con un arma, pero no por ello dejaba de ser una experiencia desagradable.

—¿Puedo? —preguntó con sarcasmo, sosteniendo los pantalones con el brazo estirado.

Rosales inclinó dos veces la cabeza, primero para indicarle que podía ponerse los pantalones y luego para que su compañero apartara el arma. El inspector Careche volvió a enfundársela.

—¿Qué pasa? —preguntó Daggart mientras se ponía los vaqueros. Estaban los tres equidistantes, formando un perfecto triángulo isósceles—. Imagino que es importante y que no pue-

de esperar. Puede que les sorprenda, pero a estas horas suelo estar durmiendo.

—¿Conoce a un tal Lyman Tingley? —preguntó Rosales. Su inglés era bueno. Su acento, denso.

Daggart entornó los ojos.

—Claro. Es arqueólogo. Un arqueólogo muy respetado. Enseña en la Universidad Americana de El Cairo. En Egipto.

—Sé dónde está El Cairo. —El tono de Rosales era cortante. Daggart tuvo la impresión de que no le gustaba especialmente tratar con estadounidenses. O tal vez fuera que no le gustaba trabajar a aquellas horas de la noche. O ambas cosas.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Daggart.

Rosales se acarició el bigote como si se pensara qué decir a continuación.

—Esta noche lo han encontrado muerto.

Sus palabras quedaron suspendidas como humo en el aire.

28 Daggart sintió que se le aceleraba el corazón. Había servido en la guerra y entrado en combate, pero dio igual: el hecho de que los temores de Lyman Tingley no fueran simple paranoia casi le dejó sin aliento.

—¿Cómo?

Rosales no pareció oír la pregunta.

—¿Cuándo fue la última vez que le vio?

—¿Cómo ha muerto? —dijo Daggart otra vez.

Rosales le miró fijamente y repitió su pregunta.

—¿Cuándo fue la última vez que le vio?

Estaban jugando al gato y al ratón. Daggart respiró hondo y decidió dejar ganar a Rosales. Esta vez, al menos. El valor incluía cautela en buena parte, y todo eso.

—Esta noche. Estuvimos tomando algo.

Rosales lanzó una mirada a Careche.

—¿Dónde?

—En el Captain Bob. En Playa del Carmen.

Con la elegancia de un mago de segunda fila, Rosales se metió la mano en la chaqueta y sacó una libretita y un bolígrafo. Pulsó teatralmente el botón que daba vida al utensilio de escritura y comenzó a tomar nota.

—¿De qué conocía al *señor* Tingley?

—Trabajamos en el mismo campo. Yo conozco su trabajo. Y él el mío.

—¿Se ven con frecuencia?

—Un par de veces al año.

—¿Son amigos? —preguntó Rosales, levantando los ojos de la libreta para calibrar su respuesta.

—Yo no diría tanto.

—¿Y qué diría?

—Que somos colegas. Conocidos. Algo así. —Decidió no entrar en detalles acerca de cómo Lyman Tingley le había apuñalado por la espalda—. Bueno, aún no me lo ha dicho: ¿cómo...?

Rosales continuó como si Daggart no hubiera hablado.

—¿De qué hablaron anoche el *señor* Tingley y usted?

Daggart empezaba a cansarse de dar respuestas sin obtener nada a cambio. Apretó los dientes, dio un pasito adelante y repitió la pregunta.

—¿Cómo ha muerto?

Rosales suspiró. Miró a su compañero. Y luego a Daggart.

—Puede que no me haya expresado con claridad, *señor* Daggart. No se ha muerto. Ha sido asesinado.

Daggart comenzó a revisar su encuentro con Tingley en el Captain Bob como si adelantara un DVD. Las imágenes se entrecortaban, borrosas. ¿Tenía razón Tingley al sospechar de aquellos tres hombres? ¿Y de veras intentaba decirle algo con la colocación de aquellas monedas?

—¿Cómo? —De pronto sentía una necesidad imperiosa de datos, como si su irrefutabilidad fuera, en cierto modo, un bálsamo sedante.

—Alguien le abrió un agujero en el pecho y le sacó el corazón. A su lado había colocada una crucecita.

Daggart no reaccionó.

Rosales cambió con Careche una mirada que supuestamente Daggart no debía advertir.

—¿No le sorprende?

—Reconozco el método.

Rosales esperó a que continuara.

Daggart habló sin darse cuenta, las palabras escapaban de su boca maquinalmente.

TOM ISBELL

—Es el sacrificio tradicional de los mayas —dijo—. Se extrae el corazón palpitante mientras la víctima vive aún. La forma más pura de sacrificio. —Titubeó, pensando de nuevo en los tres hombres del restaurante—. ¿Quién ha sido?

—Si lo supiéramos, no habríamos venido.

—¿Dónde encontraron el cuerpo?

—Pues, a decir verdad, no muy lejos de aquí —contestó Rosales mientras volvía a guardarse la libreta en el bolsillo de la chaqueta y se acercaba al ventanal que daba a la playa—. Una pareja que iba paseando por la playa se tropezó con él.

—¿Por qué playa?

El inspector Rosales abrió las cortinas de un tirón, y una explosión de luces rojas y azules inundó la noche. Por todas partes había policías provistos con linternas cuyos haces amarillos barrían el suelo.

—La playa de su patio trasero, de hecho.

Scott Daggart comprendió de pronto que no era un simple testigo que podía ayudar a resolver el asesinato de Lyman Tingley. Era el principal sospechoso.

Capítulo 5

En cuanto Daggart y los dos inspectores salieron de la *cabaña* (Daggart con las manos sujetas a la espalda con esposas de plástico), media docena de policías entraron en ella armados con cámaras y diversos utensilios. Daggart sabía que posiblemente era la última persona que había visto a Lyman Tingley con vida. Y el cuerpo de la víctima había sido descubierto detrás de su casa.

Hasta él habría de reconocer que aquello no tenía buena pinta.

Mientras avanzaban a toda velocidad por la carretera federal 307 y miraba por la ventanilla trasera del coche sin distintivos, a Daggart le sorprendió que hubiera tanto tráfico. Eran casi las tres de la madrugada y la autopista estaba atestada de autobuses que volvían a los hoteles cargados de turistas tras una noche de fiesta y excesos alcohólicos.

En los quince años que llevaba yendo a la península de Yucatán (aquel llamado pulgar verde que se adentraba en el mar), Daggart había sido testigo de un enorme cambio en la región. Playa del Carmen, un soñoliento pueblo de pescadores con poco más que un par de edificios de bloques de hormigón y un muelle de madera carcomida, cambió para siempre en 1974, con la construcción de dos hoteles en Cancún, un pequeño trecho de playa a sesenta y cinco kilómetros de allí. Una vez los adoradores del sol comenzaron a llegar en tropel al nordeste de México, era lógico que algunos de ellos siguieran camino hacia el sur, huyendo de sus congéneres.

Playa del Carmen era ideal para tal propósito, y aunque al principio logró mantener su encanto de pueblecito, todo eso

cambió irremediablemente cuando la Junta de Turismo de México decidió poner nombre a los ciento sesenta kilómetros de playas de arena blanca que se extendían entre Cancún y Tulum. El apelativo que eligieron fue «la Riviera Maya». De la noche a la mañana, Yucatán se convirtió en el lugar de moda de México. Hasta Daggart tenía que admitir que, desde el punto de vista publicitario, fue un golpe brillante. La selva costera, las playas como polvo de talco, las ruinas mayas: todo aquello seguía siendo como desde hacía siglos, pero con un título tan atrayente el turismo vivió una explosión.

Ahora, toda la línea del litoral estaba salpicada de complejos turísticos, y lo que antaño habían sido costas yermas y playas vírgenes era de pronto una hilera de hoteles caros provistos de piscina con bar, *casitas* de techo de paja, bufé libre y todo lo necesario para engatusar al turista. Playa del Carmen creció hasta alcanzar los doscientos mil habitantes y se convirtió en la ciudad con mayor índice de crecimiento de todo México. Según las previsiones ministeriales, su población llegaría pronto al medio millón.

32

Daggart temía que se convirtiera en breve en lo que no era: un parque temático, remedo hortera de lo que se suponía debía ser una típica ciudad mexicana. Para él, que había llegado a amar México como si fuera su país natal, era triste ver tanto exceso urbanístico, aquel paisaje abarrotado de bloques de pisos y parques acuáticos. En algunos folletos recientes se hablaba incluso de las ruinas mayas como de «tierras de aventura». ¿Qué sería lo siguiente?, se preguntaba. ¿Transformar Playa del Carmen en el Orlando de México?

El coche silbaba por la autopista y los insectos zumbaban. El paisaje pasaba velozmente y, mientras miraba por la ventanilla, Daggart comprendió que aquella posibilidad no quedaba tan lejana como algunos podían pensar. Lo bueno de ello (lo único bueno) era que hacía aún más apremiante su trabajo. Cuanto más rápidamente se desarrollaba la Riviera Maya, más aprisa tenían que trabajar él y otros como él para mantenerse un paso por delante de los *bulldozers*. De lo contrario, las ruinas de los antiguos mayas corrían el riesgo de quedar sepultadas para siempre.

El coche viró bruscamente hacia el interior y cuando, un momento después, volvió a cambiar de dirección, sus faros barrieron un edificio verde de una sola planta, fabricado con bloques de cemento y embutido entre la selva desparramada. A excepción de un pequeño letrero con la leyenda «Policía», nada indicaba que aquello fuera una comisaría. La fachada estaba desconchada. El aparcamiento, invadido por las malas hierbas. La pared, manchada de barro y de motas marrones allí donde la lluvia había salpicado el zócalo de poco menos de un metro de alto. Daggart dedujo de su destartalada apariencia que el local había sido algo muy distinto antes de que lo comprara la policía del estado. Un mercado de pequeñas dimensiones, quizás. O un almacén. O un matadero.

La grava crujió bajo las ruedas hasta que el coche se detuvo. En el reducido aparcamiento había un único vehículo. Daggart se preguntó si todos los agentes de guardia estarían en su casa, hurgando entre sus efectos personales.

Los dos inspectores le condujeron al interior de la comisaría; papeleras a rebosar y persianas venecianas medio abiertas se tambaleaban bajo una gruesa capa de polvo. En un rincón, un único agente trabajaba sentado a una mesa iluminada por el pálido brillo de su ordenador. Levantó la vista un momento y volvió luego a enfrascarse en los papeles sobre los que estaba encorvado. Aunque la lógica le decía a Daggart que la comisaría disponía de aire acondicionado, en el interior reinaba un ambiente húmedo, denso y pastoso, muy alejado de la gélida temperatura y el aire helado que uno podía encontrar en las tiendas de regalos.

El inspector Rosales condujo a Daggart a la sala de interrogatorios. A Daggart se le aceleró el pulso al ver las paredes desnudas, el parsimonioso ventilador de techo y la mesita de madera, con dos sillas metálicas a cada lado. No se parecía a las sala que veía en las películas; era más pequeña, más sucia y deslucida, con cuatro paredes de bloques de cemento y un sencillo reloj industrial como único ornamento. Olía a comida recalentada en un microondas.

Rosales le soltó las manos y con un ademán le indicó que tomara asiento. Daggart se sentó a un lado de la mesa y Rosa-

les, frente a él. El inspector Careche cerró la puerta, se apoyó contra la pared del fondo, se sacó una navajita suiza del bolsillo y empezó a mondarse los dientes. Todavía no había dicho ni una palabra.

«Mantén la calma —se dijo Daggart—. Relájate.»

—Bueno, ¿de qué hablaron en el Captain Bob? —preguntó Rosales sin preámbulos. Deslizó hacia delante una grabadora y pulsó el botón de encendido, cuyo chasquido metálico resonó en el cuartucho. Acto seguido, sacó una libreta y un bolígrafo de un bolsillo invisible de la chaqueta.

Daggart se irguió en la silla.

—¿Se me considera sospechoso? Si es así, me gustaría que hubiera un abogado presente.

—En primer lugar, amigo mío —dijo Rosales con mucha solemnidad—, en este momento todo el mundo es sospechoso y nadie lo es. ¿Sí? Y, en segundo lugar, esto es México. Ya no está en Kansas. ¿Ha oído usted hablar de derechos constitucionales?

34 —Por supuesto.

—Pues nosotros no.

Careche apartó la navaja el tiempo justo para lanzarle una sonrisa amarillenta. Daggart tuvo la impresión de que no era la primera vez que Rosales hacía aquel comentario.

—No pretendo hacerme el gracioso —añadió Rosales—, pero usted ya me entiende. —Se encogió de hombros y levantó las palmas como si dijera, «No pasa nada». Su idea de una disculpa—. Aquí hacemos las cosas a nuestra manera. Usted nos dice la verdad. Y nosotros la verificamos. *Ningún problema.*

La parte de atrás de la camisa de Daggart se había pegado a la silla. De pronto el cuarto parecía muy estrecho. El ventilador del techo giraba tan lentamente que Daggart se preguntaba para qué estaba encendido. ¿Sólo para mover un poco el aire caliente y pegajoso de un lado a otro?

Se inclinó hacia delante y relató su breve conversación con Lyman Tingley. La contó palabra por palabra, lo mejor que alcanzó a recordarla, sin mencionar que Tingley le había pedido que se apoderara del Quinto Códice; eso era sólo cosa suya, de

ró
 lo
 ni

 tó
 y
 ió
 fo

 ie

 ra
 so
 io
 o-

 ra
 ra

 -,
 e-
 le
 a.
 in

 a
 or
 oa
 re

 on
 il-
 do
 de

nadie más. Y lo mismo podía decirse de las cinco monedas. Daggart no veía motivo para contarles aquel detalle en particular.

—Esos tres hombres, ¿qué aspecto tenían?

Daggart hizo lo que pudo por describirlos, aunque para él eran los típicos estadounidenses de veintitantos años. Uno era más gordo que los demás, de eso sí se acordaba, pero con las gorras de rigor echadas sobre los ojos costaba recordar sus facciones concretas.

—¿Sus gorras tenían alguna palabra o algún símbolo?

—NYY.

Rosales le miró desconcertado.

—New York Yankees —explicó Daggart.

Aunque de poco servía. Para bien o para mal, en todas partes había fans de los Yankees.

Rosales pasó unas hojas de su libreta como si buscara algo. Al final, sus ojos se posaron sobre una nota garabateada.

—El *señor* Tingley hizo un gran descubrimiento la primavera pasada, ¿sí? El Quinto Códice. ¿Sabe usted qué es?

—Por supuesto. Y supongo que usted también.

—Pongamos que no. Hábleme de él.

Daggart respiró hondo.

—Es un manuscrito maya muy antiguo. Extremadamente valioso.

—¿Era él el único que lo buscaba?

—Claro que no. Todo el mundo quería encontrarlo.

—¿Usted también? —gruñó Careche desde la pared del fondo. Sus primeras palabras. Su voz era un ladrido estrangulado: rasposa y desagradable. Incluso Rosales se volvió y pareció sorprendido por la súbita cólera de su compañero.

Daggart sintió que la sangre le afluía a la cara.

—Sí, yo también, pero no como él. Lyman estaba obsesionado. No se concentraba en otra cosa. Los demás sólo queremos dar sentido al mundo maya. Nada más.

—Pero usted lo buscaba —repitió Careche con un nuevo gruñido.

Daggart contestó con forzada paciencia.

—Activamente no, pero sí, claro.

—¿Y Tingley lo encontró? —preguntó Rosales. Su tono, a

diferencia del de su compañero, era tranquilo, razonable, tranquilizador. Daggart no tuvo más remedio que admirar lo bien que representaban sus papeles.

—Sí, la primavera pasada —dijo—. Seguro que lo vieron en las noticias. No sólo en México, en todo el mundo. Salió en todas partes, desde el *USA Today* al *Journal of International Anthropology*. Piensen en cualquier medio que se les ocurra, que seguro que había un artículo sobre el tema.

—¿Por qué?

—Porque es medio Biblia de Gutenberg, medio piedra Rosetta.

Rosales tomó nota.

—¿Usted lo ha visto?

Daggart negó con la cabeza.

—¿Tingley le hizo anoche algún comentario al respecto?

Daggart no se inmutó. Miró a Rosales a los ojos.

—No, que yo recuerde.

—¿Está seguro?

36 —Creo que me acordaría.

Rosales miró a su compañero y levantó las gruesas cejas. La boca de Careche se curvó más aún hacia abajo.

Daggart se preguntó qué sabían en realidad los dos inspectores. Y si no estaría cometiendo un error fatal al no decirles la verdad.

2
de
bi

di
tr
qu

D
to
ha
to

te
la
m

A
qu
re

Capítulo 6

El aire caliente y rancio se arrastraba de un extremo a otro de la habitación. El inspector Rosales se alisó metódicamente el bigote con el índice y el pulgar.

—¿Y dónde está ahora ese Quinto Códice?

—En Ciudad de México, supongo —respondió Daggart.

—¿Supone?

—Hay que autentificarlo. Datarlo mediante pruebas de radiocarbono, hacerle análisis de tinta y de imagen multiespectral... El proceso completo. Una vez hecho eso, si se demuestra que es auténtico, podrá exhibirse. Antes, no.

—¿Y cree usted que ese código está en Ciudad de México?

—Allí es donde está el INAH. —Careche frunció el ceño. Daggart añadió—: El Instituto Nacional de Antropología e Historia. Ellos son los que mandan en estos casos. Se encargan de hacer las pruebas de todos los restos mexicanos: aztecas, mayas, toltecas, lo que sea.

El inspector Rosales asintió con un gesto, volvió a garabatear y a continuación se recostó en la silla con los dedos entrelazados detrás de la cabeza, posiblemente intentando parecer más tranquilo de lo que estaba.

—Díganos otra vez por qué buscaba usted ese código.

—Ya se lo he dicho, yo no...

—Sí, sí, entiendo. ¿Por qué lo buscaba el *señor* Tingley?

Daggart se frotó la cara, preguntándose por dónde empezar. Aquello era algo parecido a pedirle a alguien que te explicara qué era la física. O la Vía Láctea. O el DVR. Algo que no podía resumirse en un par de frases.

Daggart fingió estar dando una clase de primero en la facultad.

—Los mayas eran matemáticos expertos. Descubrieron el concepto del número cero. Sus calendarios eran muy ingeniosos, debido, principalmente, a que eran excelentes astrónomos.

—¿Y? —preguntó Careche, siempre en su papel de poli malo, en tono desafiante.

—Que eran muy listos. Violentos, a menudo, es cierto, pero también muy listos.

—¿Qué quiere decir con «violentos»? —preguntó Rosales.

—Eran extremadamente territoriales. Luchaban continuamente entre sí. Las guerras eran constantes. También eran grandes defensores de los sacrificios humanos. Así era como aplacaban a los dioses, matando a sujetos elegidos y ofreciéndoselos a sus deidades.

—¿Cómo se sabe todo eso? —preguntó Rosales.

—Por los códices.

Rosales le miró sin comprender.

—Un códice es un manuscrito —explicó Daggart.

38 —Códices. —Rosales pronunció aquella palabra como si mascara algo amargo—. ¿Hay muchos de esos códices?

—Hasta hace poco, sólo cuatro.

—¿Y explican lo de los sacrificios?

Daggart asintió con la cabeza.

—Y cómo era de verdad la cultura maya. Sus matemáticas, su astronomía, sus calendarios. Las inscripciones de las ruinas sirven de ayuda, pero para un antropólogo los códices son de un valor incalculable. Sobre todo porque hay muy pocos.

—¿Por qué?

—Porque los que no fueron destruidos, se estropearon.

—¿Cuándo se escribieron? —preguntó Rosales.

—En algún momento entre el siglo XIII y el siglo XVI.

—¿Y por qué se deterioraron?

—Porque se escribieron entre el siglo XIII y el siglo XVI.

Rosales bajó los brazos y los cruzó sobre el pecho. Una expresión de fastidio cubrió su cara.

Daggart continuó.

—Mire, los códices se escribían en papel fabricado con corteza de árbol, o en vitela, a veces. Materiales muy frágiles. Puede

usted imaginar lo quebradizo que se vuelve el papel después de ochocientos años.

—¿Y Tingley encontró uno de esos códices? ¿Aquí, en Yucatán?

—Pues sí, en efecto.

Rosales le lanzó una mirada inquisitiva.

—Parece usted sorprendido.

—Y lo estoy.

—¿Por qué?

—Porque los otros cuatro códices no se encontraron en México.

Rosales esperó a que continuara. El cuartucho suspiró. Una exhalación cálida y fangosa.

—El problema es —explicó Daggart—, que son muy antiguos. Y el clima no perdona. El calor, la humedad, la saturación de sal en el aire. La pesadilla de un librero. Sabemos, además, que en el siglo xvi se destruyeron gran cantidad de códices.

—¿Los *conquistadores*?

Daggart asintió con una inclinación de cabeza y se echó hacia delante.

—Uno en particular: el obispo Diego de Landa. Como no sabía leer los jeroglíficos, dio por supuesto que eran libros de magia. Obras satánicas. Y optó por destruirlos todos.

—Pero algunos sobrevivieron.

—Cuatro sí, no hay duda.

—Y ahora hay un quinto.

—Sí, ahora hay un quinto —repitió Daggart.

—Pero, si no se encontraron aquí, ¿dónde se encontraron?

—En Europa.

Rosales anotó algo en su libreta. La grabadora plateada chirriaba suavemente.

—Los conquistadores llevaron a España algunos manuscritos. Ya sabe, regalos para la nobleza y todo eso. Pero los reyes no los entendían y los cambiaron por reliquias. Luego siguieron pasando de mano en mano, y hasta el siglo pasado no se descubrieron los cuatro códices. Uno se encontró en un cubo de basura, en el sótano de una biblioteca. Por lo visto llevaba décadas allí.

—¿Y dónde están ahora?

—En las ciudades donde fueron descubiertos. El Códice de Madrid en Madrid, el de París en París, etcétera.

Por un momento, el roce del bolígrafo de Rosales sobre el papel se mezcló con el chirrido de la grabadora y con el susurro del ventilador. Una sinfonía de efectos sonoros.

—¿Dónde encontró el *señor* Tingley ese Quinto Códice? —preguntó Rosales.

—En su yacimiento, supongo.

—¿Que está en...?

—No tengo ni idea —contestó Daggart sin vacilar.

Rosales le miró con sorpresa.

—¿No sabe dónde trabajaba su amigo?

—Ya les he dicho que Tingley y yo no éramos amigos.

Rosales se sacudió su comentario como si fuera una mosca.

—Amigos o no, ¿no le dijo dónde trabajaba?

—No se lo decía a nadie. Los arqueólogos son muy reservados respecto a sus yacimientos.

40 —Pero podríamos encontrarlo —dijo Rosales como si le lanzara un desafío.

—En teoría, sí.

Rosales levantó las cejas.

—No entiendo. Imagino que para trabajar aquí tendrán que registrar los yacimientos en el... ¿cómo ha dicho que se llama? ¿El INAH?

—Tiene usted toda la razón.

—¿Y bien? ¿No podrían llevarnos ellos al yacimiento?

—Mire, nosotros notificamos al INAH cuáles son nuestros objetivos en cuanto ponemos el pie en este país. Registramos los yacimientos. Rellenamos el papeleo. Pero el INAH no tiene medios para hacer un seguimiento de cada excavación. No tienen tiempo, ni personal, desde luego. Casi todas esas excavaciones están en plena selva. En carreteras sin marcar. Algunas ni siquiera eso. El INAH puede proporcionarles las coordenadas de GPS de un yacimiento, pero aun así les costará encontrarlo. Lo digo en serio: la selva es la selva.

Careche emitió una especie de gruñido desde la pared del fondo.

Daggart no le hizo caso.

—Los descubrimientos que pueden hacerse son de importancia monumental. Cuanta menos gente conozca los pormenores, tanto mejor.

—¿Ni siquiera se lo dicen a sus colegas?

—A ellos menos que a nadie.

Rosales hojeó sus notas. El ventilador del techo removía el aire denso con un bisbiseo.

—Entonces, ¿de qué trata ese código en particular?

—No lo sé exactamente. Tingley no me lo dijo.

—Pero tendrá alguna teoría.

—Desde luego.

—¿Y cuál es?

Daggart bajó los ojos y los fijó en la mesa, delante de él. Pasó las manos por el tablero de pino. Los bordes eran suaves y redondeados, y Daggart se preguntó si se debía a los cientos de detenidos que, como él, evitaban la mirada inquisitiva de los inspectores concentrándose en el tacto reconfortante de la madera.

—El fin del mundo —dijo por fin.

Careche soltó una breve carcajada.

—¿Ha dicho «el fin del mundo»?

—Eso es.

—Entiendo —dijo Rosales como un padre siguiéndole la corriente a su hijo pequeño—. Y supongo que el Quinto Código dice exactamente cuándo ocurrirá.

—Pues sí —respondió Daggart. Levantó los ojos y le devolvió la mirada a Rosales—. El 21 de diciembre de 2012. Ése es el día en que acabará el mundo tal y como lo conocemos. Y el Quinto Código explica como pasará.

Capítulo 7

42 *L*e traía sin cuidado que la gente le considerara un esnob: él prefería con mucho el Museo Marmottan al Museo d'Orsay y a L'Orangerie. Incluso lo prefería al Louvre. Su colección no sólo era más manejable para verla en un solo día, sino que sus visitantes eran infinitamente menos numerosos y muchísimo más educados. En lugar de las obtusas muchedumbres que se agolpaban en el Louvre, trepándose unas a otras, para ver fugazmente la Mona Lisa y la Venus de Milo, o de los seudointelectuales que se fingían impresionados ante un puñado de Van Goghs en el Museo d'Orsay (tachando los museos de su lista de cosas que hacer como si estuvieran en un concurso), el Marmottan ofrecía arte excelso y serena reflexión: la oportunidad de detenerse en la espaciosa sala circular de la planta baja de la villa restaurada y verse rodeado por las más grandes pinturas de Monet. Así era como había que experimentar el arte.

Llevaba yendo a París desde sus tiempos de estudiante y rara vez perdía la ocasión de visitar el Museo Marmottan. Ver aquella institución suponía un viaje más largo en metro, pero para él siempre merecía la pena. Sobre todo, cuando necesitaba despejarse.

Y ahora lo necesitaba, no había duda.

Miró su reloj. Era por la mañana en París, de modo que en Yucatán aún sería de madrugada. Demasiado pronto para tener noticias de su hombre en México.

Tomó asiento en el largo banco y fijó los ojos en el mundo azul y verde de los nenúfares de Monet. Adoraba que, a medida que el pintor perdía la vista, sus colores se volvieran más radiantes y sus pinceladas más vigorosas. El maestro no había